

presentará á la hora de tu muerte, te acusará del mal uso que has hecho de ella, y pedirá venganza al cielo por tus profanaciones criminales. Esta vista te será insoportable, pero á pesar tuyo tendrás que soportarla : esta sangre llevará á tus oídos una voz lúgubre que te estremecerá, pero por mas que quieras no podrás acallarla : este acusador producirá contra tí horrendos cargos, pero tú no podrás responder á uno de ellos. ¡Oh Dios, qué acusador! ¡Oh cielos, qué enemigo!

Castigos eternos. La comunión indigna es el pecado que mas infaliblemente condena. No soy yo quien lo dice, es el apóstol san Pablo. Quien come indignamente el pan consagrado, dice, y bebe en pecado el cáliz de salud, este infeliz se traga su juicio y su condenación : *Qui manducat et bibit indignè, judicium sibi manducat et bibit*<sup>1</sup>. ¿Oísteis jamás una proposición tan espantosa? No es sobre papel donde se escribe la sentencia de este desgraciado, no es sobre bronce donde se graba el decreto de su condenación : ¡ah! él mismo lo lleva impreso en el alma; él mismo, comiéndolo, lo ha convertido en su propia sustancia. ¿Cómo borrarlo? ¿cómo hacerlo revocar? Es muy difícil : y si en esta vida hubiese algun pecado irremisible, yo no dudaría sostener que este sería el de la comunión indigna.

¡Ah! cristianos, si alguno de vosotros se reconoce culpable de este gran delito, que lo llore, que lo confiese, que pida humildemente perdón á Dios. Sin duda que Dios no le ha conservado hasta ahora, sino para que tenga tiempo de reparar todos sus sacrilegios. Repárelos con una confesión humilde, con un dolor sincero, con un propósito eficaz de no volver jamás á cometer un delito, que es el mas enorme en sí mismo, el mas feo por sus circunstancias, el mas temible por sus castigos. Amen.

<sup>1</sup> I Cor. xi, 29.

## DOMINGO DE RAMOS.

*Al llegar á este domingo, se llega á la última semana de Cuaresma, llamada por san Juan Crisóstomo semana grande, por san Bernardo semana penosa, y por el comun de los cristianos semana santa. Y con mucha razón se la llama así, porque efectivamente en ella todo es santo, todo respira grandeza, todo recuerda las penas que el Salvador toleró por los hombres, y excita deseos de tomar en ellas alguna parte.*

*Son tantas y tan interesantes las cosas que hay por decir sobre esta semana misteriosa, que si el cura no multiplica hoy sus instrucciones, dejará á los feligreses ignorantes de muchas cosas cuyo conocimiento les sería sumamente provechoso. En primer lugar ha de explicarles el misterio de la entrada triunfante del Salvador á Jerusalem, misterio que es el objeto de la solemnidad de este día, y que, bien explicado, despierta en el alma sentimientos muy santos y piadosos. Despues ha de darles algunas lecciones sobre la semana santa, haciéndoles una breve reseña de los grandes misterios que en ella se celebran, y enseñándoles el modo práctico de presenciarlos con fruto. Por último ha de decirles algunas palabras sobre la Pasión de Jesucristo, exhortándoles eficazmente á tomar parte en ella, por medio de una seria consideración, y de la imitación práctica de sus ejemplos.*

*Como cualquiera comprenderá, estos puntos no pueden ser tratados con mucha extensión, ya por no fatigar la atención de los fieles, ya por no permitirlo las demás ocupaciones de este*

dia ; y así han de reducirse á los términos mas breves y precisos que posible sea, segun vamos á hacerlo en los siguientes modelos :

**Homilia sobre la entrada de Jesucristo á Jerusalem.**

Cùm appropinquasset Jesus Jerusalem, etc. (*Matth. XXI*).

Aunque la ceremonia de la bendicion de las palmas ha sido un poco larga, no puedo dispensarme, ó fieles, de haceros algunas reflexiones sobre el gran misterio de la entrada triunfante del Salvador á Jerusalem, misterio vivamente representado por los ramos benditos que esos inocentes niños llevan en la mano, por la procesion solemne que se acaba de hacer, y por el cántico de gloria que al entrar á la iglesia se ha entonado en honor de Jesucristo : *Gloria, laus, et honor tibi sit Christe*. ¡Ah, fieles, qué de pensamientos, qué de reflexiones despierta este misterio en quien tiene el corazon un poco cristiano! Oid su historia, tal como la refiere san Mateo; y escuchad con atencion las reflexiones morales que de paso iré haciendo.

Como Jesucristo era el verdadero Cordero de Dios que debia ser sacrificado por la salvacion del mundo, quiso practicar en sí mismo todo lo que la ley de Moisés ordenaba se practicase con el cordero pascual, que era su imágen y su figura. Dicha ley disponia que el cordero destinado á ser inmolado por la Pascua, fuese separado de los demás corderos el dia diez de marzo, y así se le tuviese separado hasta el dia catorce del mismo mes, en cuya tarde debia sacrificarlo toda la multitud del pueblo de Israel : *Decima die mensis tollat unusquisque agnum... et servabit eum usque ad quartam decimam diem... immolabit*

que eum universa multitudo ad vesperam<sup>1</sup>. Con arreglo á esta disposicion, sabiendo el Salvador que debia morir por la Pascua, cinco dias antes suspendió su predicacion, puso fin á sus correrías evangélicas, y se encaminó á Jerusalem, con el fin de aguardar allá que llegara la hora de su sacrificio. ¡Oh bondad inefable de nuestro dulcísimo Redentor! ¡Oh amor de Jesucristo para con nosotros! Al ver acercársele el dia de redimirnos por medio de una muerte tan acerba como afrentosa, no espera á que los verdugos vayan á buscarle : él mismo se les viene á las manos, y espontáneamente se presenta á Jerusalem para entregarse á la muerte.

Pero ¿cómo se presenta? como un Rey pacífico que va, no á ejercer un dominio temporal, sino á reinar sobre los corazones. Hasta entonces él habia hecho sus viajes á pié; y aunque habia ido muchas veces á Jerusalem, nunca se habia presentado sino en un estado pobre, abyecto y destituido de toda pompa. Mas esta vez se presenta con cierto aparato de Rey, bien que de un rey manso, pacífico y benigno. Hablando Isaías de esta su entrada triunfal en Jerusalem, habia dicho : Ó Jerusalem, el dia que entre por tus puertas tu Rey salvador, no entrará con fausto mundano, vestido de púrpura, sentado en carroza, rodeado de guardias, obsequiado de cortesanos, ni aclamado con trompetas, como los reyes de este mundo; sino que entrará humilde, pacífico, y montado sobre una jumenta, seguida de su pollino : *Dicite Sion : Ecce Rex tuus venit tibi mansuetus, sedens super asinam, et pullum, filium subjugalis*<sup>2</sup>. Su carroza será una humilde jumenta, su púrpura los vestidos pobres de sus discípulos, sus guardias una tropa de niños inocentes, y sus cortesanos un pueblo sencillo y piadoso : mostrando hasta en este dia de su mayor gloria el espíritu de sen-

<sup>1</sup> Exod. XII, 3. — <sup>2</sup> Isai. LXII, 11.

cillez, humildad y mansedumbre que ha venido á enseñarnos.

Representaos, cristianos, á este Rey pacífico, sentado sobre una ásna, atravesando las calles y plazas de Jerusalem, lleno de una majestad y dulzura admirables. Los Evangelistas nos hacen notar que á la noticia de su llegada toda la ciudad se puso en movimiento y agitacion: *Commota est universa civitas*<sup>1</sup>: muchos de los que habian venido á Jerusalem para celebrar la Pascua, habiendo entendido que llegaba Jesús de Nazaret, fueron á recibirle fuera de las murallas, y le prestaron todos los honores de que fueron capaces. Unos extendian sus vestidos sobre el camino por donde debia pasar; otros cortaban ramas de los árboles, y las colocaban en los puntos principales de su tránsito: estos iban delante de él publicando sus milagros, aquellos le seguian cantando sus alabanzas, todos hacian resonar el aire con mil vítores y aclamaciones: *Turbæ autem quæ præcedebant, et quæ sequebantur, clamabant. ¿Y qué gritaban? Hosanna Filio David: benedictus qui venit in nomine Domini*: Bien venido sea el Hijo de David, bendito sea el Dios de Israel que viene á salvarnos.—Sobre todo los niños, ¡ah! los niños en particular esforzaban sus tiernas voces, y gritaban: Bendito sea nuestro Rey y Mesías, bendito sea en la tierra y en el cielo, por los hombres y por los Ángeles: *Hosanna in excelsis*.

Pero ¿qué es lo que observo? ¿qué triste espectáculo se presenta á mis ojos en medio de tantos objetos de alegría? Al acercarse Jesucristo á la ciudad, levanta los ojos, los fija en ella, y se pone á llorar, como asegura san Lucas: *Ut appropinquavit, videns civitatem, flevit super eam*<sup>2</sup>. ¿Y por qué, mi dulce Jesús, por qué os entregais á la tristeza en un tiempo que todo os convida á la alegría y al gozo? ¡Ah, cristianos! él ve el fondo

<sup>1</sup> Matth. xxi, 10. — <sup>2</sup> Luc. xix, 41.

de los corazones, él conoce la multitud de pecadores que hay en Jerusalem, él sabe que dentro pocos dias los habitantes de esta ciudad pedirán su muerte, y muchos de los que ahora gritan: *Hosanna al Hijo de David*, en breve gritarán: *Crucifigale, crucifigale*.

Ved ahí, fieles, por qué llora, ved ahí el motivo de sus lágrimas. Pero ¡ah! que es muy probable que tambien lloró sobre tantos cristianos que imitan á los judíos en el modo de recibirle. Entre aquellos infelices habia muchos, tan ignorantes de todo lo que pertenecia á él, que ni tan solo sabian quién era; en términos que, viendo el magnífico espectáculo que ofrecia su entrada á Jerusalem, hubieron de preguntar: ¿Quién es este, cuya presencia tanto conmueve al público? *Quis est iste?* Otros hubo que le recibieron con muestras exteriores de veneracion, y aparentaron reconocerle por el Mesías verdadero; pero sus corazones estaban llenos de falsedad y malicia, y maquinaban en secreto cómo podrian darle muerte. Otros, en fin, le reconocieron por Salvador con la mayor sinceridad y buena fe, pero llevados despues de su inconstancia, ó pervertidos por las sugerencias de los escribas y fariseos, le abandonaron vilmente, y se juntaron con la turba de alborotadores que fué á pedir á Pilatos que mandara ponerle en cruz. Por todos estos, que componian la mayoría inmensa de la poblacion, lloró el buen Salvador, y llorando dijo aquellas tan sentidas palabras: ¡Ah Jerusalem! ¡ingrata Jerusalem! si tú conocieses hoy los grandes castigos que te esperan, y no tardarían en venirse, en pena de tu ingratitud... ¡oh si los conocieses, como los conozco yo! Sin duda llorarias como yo lloro, y tus lágrimas serian irremediables: *Si cognovisses et tu... quæ nunc abscondita sunt ab oculis tuis*<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Luc. xix, 42.

Sensible es decirlo, pero forzoso es confesarlo : entre los cristianos hay muchos, cuya ingratitud para con Jesucristo no es menor que la de los judíos, y cuyo castigo, de consiguiente, no será menos ejemplar y severo. Unos son tan indiferentes para todo lo que atañe á él, que, como muchos judíos, apenas saben quién es. Otros le honran con el exterior, y se juntan con los que hoy le aclaman por Dios verdadero ; pero interiormente son enemigos suyos, por cuánto sus almas son esclavas del pecado. Otros, en fin, le honran hoy con una conciencia pura, pero le volverán pronto las espaldas, y le crucificarán de nuevo con su recaída en la culpa. ¿Y qué hemos de decirles á todos estos infelices? Lo que el Salvador dijo á la ingrata Jerusalem en el dia solemne de su entrada : ¡Oh si supiérais los castigos que os están reservados en pena de vuestra infidelidad y obstinacion! ¡oh si lo supiérais! Este buen Salvador viene hoy á visitar vuestras almas cual rey manso, pacífico y benigno : nada desea tanto como llevaros la bendicion, la paz y la felicidad : su único deseo es reinar amorosamente en vuestros corazones, y establecer en medio de ella el imperio del amor. ¿No quereis hoy recibirle como amigo? Pues otro dia tendréis que recibirle como juez, y juez lleno de indignacion. El cielo os ilumine. Amen.

#### **Modo de santificar la semana santa.**

Fratres : Hoc sentite in vobis, quod et in Christo Jesu. (*Philip. II, 5*).

Hemos llegado, fieles, á la última semana de Cuaresma, comunmente dicha semana santa. ¿Sabeis por qué se la llama así? No solo por razon de los misterios santísimos que en toda ella se nos representan, sino tambien por la obligacion que hay de pasarla mas santamente que ninguna otra semana

del año. Apenas habrá cristiano que no lo comprenda así : y por esto se nota que todos, cual mas, cual menos, procuran en estos dias dar alguna muestra de particular devocion : los justos reaniman su fervor, los pecadores practican algunas obras de penitencia, y hasta los mismos libertinos, que en el resto del año viven sin religion, no pueden dejar de manifestar en estos dias que la fe no está enteramente apagada en sus corazones. Deseoso yo de fomentar en vosotros estos buenos sentimientos, vengo á deciros en brevísimas palabras cómo debéis conducirlos para santificar esta semana, siguiendo aquel documento del Apóstol : *Hoc sentite in vobis, quod et in Christo Jesu.*

Por poco de atencion que hagais á lo que la Iglesia practica en esta semana, veréis que todo anuncia su grandeza, todo descubre su santidad, todo nos predica, y muy altamente, que ahora mas que nunca debemos hacer brillar nuestra fe y religion, y manifestar con obras el amor que tenemos á un Dios que tanto ha sufrido por nosotros. ¿Qué significa, os preguntaré con san Bernardo, esa admirable combinacion de ceremonias á cual mas tierna, de rezos á cual mas fúnebre, de oficios á cual mas patético y devoto? *Quid sibi vult mirabilis ista conjunctio?* El *Passio* que leemos en la misa de hoy, y volveremos á leer tres otras veces hasta el viernes, la traslacion de su divina Majestad al monumento que tendrá lugar despues del oficio del jueves, los Maitines de tinieblas que se cantarán el mismo jueves por la tarde, la adoracion de la cruz que á piés descalzos se verificará el viernes por la mañana, el silencio de las campanas, el despojo de los altares, el apagamiento de las lámparas, la melancolía del canto, la tristeza de los ornamentos, lo fúnebre de las procesiones, etc., todo

esto, ¿qué significa? *Quid sibi vult?* ¡Ah! cristianos, os diré con el mismo san Bernardo, significa que celebramos el triste aniversario de la muerte de un Dios; significa que hacemos memoria de todas las penas, angustias y tormentos que Jesús padeció por nosotros; significa que en estos dias debemos conducirnos con mas piedad y religion de lo acostumbrado, para que se vea que tomamos alguna parte en las inmensas penas que el Salvador sufrió por amor nuestro: *Ut Christo patienti quodammodo compati videamur.*

Todo lo que debéis hacer para conducirnos con la piedad y religion que reclaman los grandes misterios de esta semana, consiste en tres ó cuatro cosas principales: en observar con mas exactitud la ley de la abstinencia y del ayuno, en dar á la oracion un poco mas de tiempo de lo acostumbrado, en acordaros con mas frecuencia de los misterios de nuestra redencion, y en asistir con la puntualidad que os sea posible á los oficios del jueves y viernes.

Vosotros debéis primeramente practicar la abstinencia y el ayuno con mas exactitud. No ignorais que la abstinencia de la Cuaresma fue instituida para honrar la memoria del ayuno que el Salvador practicó por espacio de cuarenta dias en el desierto. Mas, así como este divino Salvador jamás sufrió tanto por nosotros como durante los dias de su dolorosa pasion, cuya memoria celebramos en esta semana; nada hay tampoco mas justo que hacer en ella, en honor suyo, mas penitencia que en cualquier otro tiempo. ¡Ah, fieles! ¿cuántas personas encerradas en los claustros, ó bien retiradas en sus casas, ejercen en estos dias con sus cuerpos una santa crueldad? Yo quisiera poder conducirnos al interior de los conventos y monasterios, y haceros ver lo que allá practican muchos de sus moradores. Veríais que unos ayunan á pan y agua, que otros afligen sus carnes con cilicios y disciplinas, que otros pasan

gran parte de las noches arrodillados ante los altares, etc. No os digo esto porque pretenda que vosotros hagais otro tanto, sino para haceros ver cómo se portan las almas que de veras aman á Dios, é induciros á imitarlas en algo.

Lo segundo que habeis de practicar en estos dias es, dar á la oracion un poco mas de tiempo de lo acostumbrado. Ha habido siglos de la Iglesia en que toda esta semana era feriado, á fin de que los cristianos pudiesen entregarse mas libremente al ejercicio de la oracion. Al presente la Iglesia os permite el trabajo, pero no deja de convidaros con la multiplicacion de sus funciones y ceremonias á que, suspendiendo una parte de ese trabajo mismo, la acompañeis en la oracion casi continua que en estos dias ofrece á Dios. Sobre todo el jueves y viernes, durante las horas que Jesús sacramentado estará en el monumento, ¡ah! venid á hacerle compañía por el mayor tiempo que podais, venid á unir vuestras oraciones con la que él hizo en las angustias del huerto, y en todo el tiempo que duró su bendita Pasion. No consintais pueda él deciros lo que dijo á sus discípulos, viéndolos dormidos, mientras él oraba: *Sic non potuistis una hora vigilare mecum?* ¿ni una hora teneis para venir á orar en mi compañía?

A mas de la abstinencia y oracion, os encargo la asiduidad en asistir á los divinos oficios. Ya os he dicho que en los primeros siglos de la Iglesia, durante toda esta semana, se suspendian las ocupaciones serviles, los tribunales estaban cerrados, los mercaderes dejaban sus negocios, los sábios suspendian sus estudios, en todo el mundo cristiano no se pensaba en otra cosa que en honrar los misterios de nuestra redencion, por medio de una asistencia puntual á las funciones religiosas. Ya que no vengais á todas las que se harán en estos dias, procurad á lo menos asistir á las del jueves y viernes. El jueves es el gran dia de la institucion de la Eucaristía: y aunque la

Iglesia esté toda ocupada en la pasión de su divino Esposo, y renueve la memoria de esta institución con una fiesta solemnísimas el jueves después de la Trinidad, quiere no obstante que testifiquemos nuestro reconocimiento á Dios en el mismo día que nos ha concedido este inefable beneficio. ¿Puede haber un deseo mas justo? El viernes no se celebra misa en toda la Iglesia, porque en tal día se ofreció el gran sacrificio de la cruz; pero se renueva la memoria de este sacrificio, consumiendo el sacerdote la hostia consagrada el día anterior, y expuesta á la veneración pública en el monumento. ¿Puede haber cosa mas debida que asistir á la ceremonia en que tan vivamente se expresa la grandeza de aquel sacrificio?

¡Ah! fieles, ¡qué de bendiciones, qué de gracias celestiales recibiréis en estos días, si sois fieles en practicar los ejercicios que acabo de recomendaros! En esta semana Jesucristo hace llover sus gracias, y aplica los méritos de su Pasión con mas abundancia que en ningun otro tiempo del año. Pero ¿á quiénes los aplica? A los que se hacen dignos de ellos por su exactitud y cuidado en santificar estos días. Haga el cielo que todos seáis de este número. Amen.

#### **Modo de meditar con fruto la Pasión del Redentor.**

Fratres: Hoc sentite in vobis, quod et in Christo Jesu. (*Philip. II, 5*).

Deseosa la Iglesia de que las consideraciones que en estos días harémos sobre la Pasión del Salvador, nos sean útiles y provechosas, nos enseña hoy el modo de conseguirlo, recordándonos en la Epístola aquellas palabras que san Pablo escribió á los filipenses: «Hermanos, imitad los ejemplos que os ha dado vuestro Redentor, quien, siendo Dios por natu-

«raleza, se ha anonadado á sí mismo, tomando la forma de «esclavo, haciéndose hombre semejante á nosotros, y humi- «llándose por obediencia á sufrir muerte, y muerte de cruz.» Con estas palabras os advierte la Iglesia que, para sacar fruto de la Pasión de Jesucristo, no basta considerarla especulativamente, y como quien dice por puro entretenimiento, sino que es menester pasar á la práctica, y poner en obra las virtudes admirables que en ella os enseña el Salvador: *Hoc sentite in vobis, quod et in Christo Jesu.*

No es mi objeto, ni tampoco el de la Iglesia, proponeros hoy la imitación de todas las virtudes de que el Salvador os da ejemplo en su bendita Pasión, sino solamente de las que mas resplandecen en ella, y están, digámoslo así, encima de todas las otras, cuales son, segun el mismo Apóstol, la humildad, la obediencia y la caridad: *Humiliavit semetipsum, factus obediens usque ad mortem.* Con tal que de vuestras consideraciones saqueis la imitación práctica de estas tres virtudes, podrá decirse que meditásteis con gran fruto la Pasión del Redentor. Cuatro palabras sobre cada una, y no mas.

Tan pronto como os pongais á considerar los misterios de la Pasión, se os presentará á la vista un hombre cargado de oprobios, afeado con salivas, desgarrado con azotes, coronado de espinas, atravesado con clavos, y clavado en una cruz. ¡Buen Dios! exclamaréis atónitos, ¿quién es este que está reducido á tales extremos de vilipendio y abyección? ¿Es algun asesino? ¿es algun facineroso? No, os dirá san Pablo, es el mismo Hijo de Dios, es la gloria y el esplendor del Padre, y Dios igualmente que él: *Qui cum in forma Dei esset, non rapinam arbitratus est esse se æqualem Deo.* Pero un Dios que por nuestro amor ha querido anonadarse, *Semetipsum exina-*

*nivit* : un Dios que, para librarnos del pecado, ha querido tomar la forma de esclavo, *Formam servi accipiens* : un Dios que, para enseñarnos la humildad, se ha humillado á sí mismo hasta el punto de querer ser vendido al precio que se vende un esclavo, de querer ser azotado al estilo que se azota á los esclavos, de querer ser condenado á un género de muerte que solo se da á los infames : *Humiliavit semetipsum... usque ad mortem, mortem autem crucis*. ¡Oh Dios, qué humildad!

Mas ¿por qué el Salvador se humilla tanto? Por obediencia, responde san Pablo, porque así lo ha dispuesto su Padre celestial en sus eternos decretos : *Factus obediens*. Él podía no morir, él podía redimir al hombre por otros medios menos costosos, él podía ahorrarse los azotes, las espinas, los clavos, la hiel, la cruz y la muerte, como él mismo nos asegura : *Nemo tollit animam meam à me ; sed ego pono eam*<sup>1</sup>. Con solo verter una lágrima en el dia de su nacimiento, con solo dirigir una súplica á su divino Padre, con solo manifestarle un simple deseo de que perdonara al hombre, el hombre hubiera sido perdonado, sin tener él que sujetarse á tantas penas y amarguras para redimirle. Pero no : su divino Padre habia dispuesto que el hombre fuese rescatado, no por una redencion enteramente gratuita, no por algunas lágrimas y suspiros de su unigénito Hijo, sino por su muerte, y muerte de cruz. ¿Qué hizo el Salvador en vista de este decreto? Se sujetó á él, aunque tan duro, diciendo á su Padre celestial aquellas palabras que en persona suya dijo el real Profeta : Ya que no os agrada ninguna otra hostia ni sacrificio, ya que no aceptais otro holocausto por el pecado que el de mi vida : *Sacrificium et oblationem noluisti, holocaustum et pro peccato non postulasti* ; aquí estoy pronto á hacerlo, pues no tengo otro deseo

<sup>1</sup> Joan. x, 18.

que cumplir vuestra voluntad, cueste lo que costare : *Ecce venio... ut faciam voluntatem tuam*<sup>1</sup>. ¿He de ser azotado y coronado de espinas? Gustoso lo seré. ¿He de estar colgado de tres clavos en una cruz? Contento lo estaré. ¿He de agonizar tres horas, y morir entre crueles tormentos? Satisfecho moriré. Basta saber que es voluntad vuestra para sujetarme á todo : *Ecce venio... ut faciam voluntatem tuam*. ¿Puede concebirse una obediencia mas perfecta?

¿Y qué fue lo que le animó á sujetarse á un decreto tan severo? El amor, responde san Pablo, el amor excesivo que nos tenia : *Propter nimiam charitatem suam qua dilexit nos*<sup>2</sup>. Y no solo el amor que tenia á todos los hombres en general, sino el que tenia á cada uno en particular, le indujo á padecer todo lo que padeció ; por manera que con la misma buena voluntad hubiera muerto por uno solo que murió por todos, y la sangre que derramó por todos la hubiera derramado gustosamente por uno solo. No solo esto, sino que en cada una de sus penas nos tuvo presentes á todos, y las ofreció á su divino Padre por cada uno de nosotros en particular. ¡Ah, dulce Jesús mio, mi dulcísimo Jesús! ¿es posible esto? Con que, cuando Vos sudábais gotas de sangre en el huerto entre mortales angustias ¿las ofrecíais á Dios por mis pecados?... Y cuando estábais atado en la coluna, bajo una lluvia de azotes ¿os acordásteis de mí, y por mí los padecísteis?... Y cuando estábais clavado en la cruz, y ofrecísteis al cielo el sacrificio de vuestra vida ¿me tuvísteis presente?... Y cuando dijísteis á vuestro Padre celestial : *Padre mio, perdonadlos*, ¿era yo uno de los que en aquel instante os llamaban la atencion?... Bendito seais, dulce Redentor mio, bendito seais, que si yo vertiese

<sup>1</sup> Psalm. xxxix, 7, 8, 9. — <sup>2</sup> Ephes. ii, 4.

mil veces la sangre por Vos, no os pagaria la menor parte de un tal beneficio.

Puesto que no somos capaces de tanto, ¿qué deberémos hacer, al menos, cristianos míos, para mostrarle nuestro agradecimiento, y sacar fruto de la consideracion de su Pasion dolorosa? Por lo que os tengo ya dicho, es fácil conocerlo. ¿Jesús fue humilde? Seámoslo nosotros tambien. ¿Jesús fue obediente? Seámoslo igualmente nosotros. ¿Jesús padeció por nuestro amor? Amémosle nosotros con todo el corazon. Si su ejemplo no basta á hacernos humildes, obedientes y caritativos, reflexionemos lo que el Apóstol nos dice en la Epístola de hoy, á saber, que Jesucristo por su humildad, obediencia y caridad mereció ser exaltado, y recibió un nombre que es venerado en el cielo, en la tierra y en los infiernos: *Propter quod et Deus exaltavit illum, et donavit illi nomen, quod est super omne nomen*<sup>1</sup>. Este es el premio que Dios da á la humildad, á la obediencia y á la caridad; premio en el que tendrémos parte, si á imitacion de Jesucristo practicamos fielmente estas virtudes. Amen.

<sup>1</sup> Philip. II, 9.

## DOMINGO DE PASCUA.

*Despues de haber instruido al pueblo, durante el tiempo de Adviento, sobre el gran misterio de la Encarnacion; despues de haberle enterado, desde Navidad hasta la Septuagésima, de los misterios de la infancia y juventud de Jesucristo, como y tambien de su vida oculta y de su Bautismo; despues, en fin, de haberle preparado, desde la Septuagésima hasta la Resurreccion, para cumplir el precepto pascual, poniéndole á la vista la vida penitente del Salvador, es deber del cura exponerle el gran misterio de la Resurreccion de Jesucristo, sus diferentes apariciones, y su vida gloriosa é inmortal, dándole con ocasion de esto instrucciones saludables que confirmen su fe, animen su esperanza, y perfeccionen su caridad. Sobre todo debe aplicarse á precaverle contra la recaida en el pecado, solidarle en la gracia de la comunión pascual, y hacerle llevar una vida del todo nueva, á ejemplo de Jesús resucitado. Para saber qué orden ha de dar á sus instrucciones, vaya estudiando atentamente los evangelios dominicales que se leen desde Resurreccion hasta Pentecostes, que ellos mismos se lo dirán.*

*Por lo que hace al presente dia, se puede instruir al pueblo de tres modos diferentes, cada uno de los cuales será de grande utilidad: 1.º explicándole el inefable misterio de la Resurreccion: 2.º hablándole de la resurreccion mística del alma, y de las condiciones que ha de tener para que sea conforme con la resurreccion corporal de Jesucristo: 3.º tratando de la resurreccion venidera de nuestros cuerpos, como consecuencia nece-*